

Lector: ser o no ser

NOÉ JITRIK

Empecemos por decir que ninguna pregunta que incluya el verbo “ser” en ninguna de sus formas, más allá de su ser de verbo, tiene ni puede tener respuesta no sólo porque nunca la ha tenido sino porque la entidad a la que remite, el ser o sea la esencia, es una postulación, una manera de decir, no algo, no una cosa. De modo que ser lector o ser persona, hoy o en cualquier momento, es un imposible como entidad pero esto no quiere decir que no puedan entenderse tanto las aproximaciones a su facticidad como la oscuridad de su definición o, más modestamente, de su aceptación.

En esa penumbra semántica, creemos saber de qué se trata cuando mencionamos la palabra persona o la palabra lector o procedemos a una designación en tal sentido o le atribuimos tal carácter a alguien: la designación –o sea el ámbito de la lingüística– desplaza en ese caso a la definición –o sea el ámbito de la pragmática– y, por supuesto, al concepto, o sea el ámbito de la gnoseología y de ahí de la ontología, que es donde el “ser” parece estar albergado y protegido, donde es. Estos sucesivos desplazamientos diluyen y perturban pero al mismo tiempo permiten vivir, es “como si” supiéramos qué es ser persona y, por añadidura y para lo que importa ahora, qué es ser “lector”. Y, por añadidura, podríamos decir que con ese “como si” de la persona se manejan políticos, psicólogos, teólogos, médicos y educadores; con el “como si” del lector sociólogos, críticos, editores, publicistas y semiólogos.

El lector, entonces, desde este punto de vista no es, lo que en este momento no quiere decir mucho, pero existe y con esa existencia, problemática desde luego, nos tenemos que arreglar: ¿cómo es que existe? es la pregunta que surge de inmediato. Para quienes se manejan cómodamente en el “como si”, del mismo modo que para los políticos las personas –en listas gigantescas llamadas “padrones”, que salen de su inmovilidad para votar cuando no para protestar o pedir–,

el lector existe antes, durante y después de su relación con el objeto con el que está relacionado para existir y con independencia de ese objeto; si se le atribuye existencia, en tal caso, sólo porque el objeto existe, resulta que es un a priori en la existencia de los textos que motivan en realidad su existencia; siguiendo este razonamiento, los textos que lo hacen lector podrían desaparecer pero él, como lector, seguiría existiendo pese a que por el hecho de la desaparición de su objeto se convierte en los hechos en virtual o, aun, en memoria de lo que llegó a ser, o sea lector, cuando se encontraba frente a un texto y lo leía: nació una vez y nada lo destituye aunque no ejerce la condición que permitió su nacimiento; nació y se estableció como categoría y nada lo saca de su sitio. Para este razonamiento, esa instalación es monárquica, el lector es rey.

¿Cuáles son los atributos de su majestad? El primero y fundamental, casi el único, es el del respeto que se le debe: no hay que molestarlo ni juzgarlo, no hay que agredirlo, no hay que crearle dificultades, no hay que exigirle que responda a lo que le dio existencia; o sea, en suma, que no hay que exigirle que lea, no se le puede pedir, ni siquiera humildemente, que trate de comprender más allá de lo que aparece en la superficie de los textos. Esta idea de lector, por el contrario, no me merece el respeto que se le rinde en vastos ámbitos de la sociedad, nadie podría pensar, por el modo en que lo enuncio, que yo crea que un lector de verdad, a plena lectura, pueda ser ese irritable y trivial monarca. Podría decirse, en cambio, para zanjar la cuestión y responder a la pregunta, que es probable que ése, y sus prolongaciones, sea el atributo que le da forma al así llamado “lector de hoy” y no al que yo pienso que es un lector de verdad, tal vez un lector menos ideal de lo que se puede pensar y cuyos atributos o cualidades tendría que establecer.

En cuanto al presunto lector de hoy, al menos el predominante, un desarrollo analítico de tales atributos o cualidades podría dar lugar, consecuentemente, a una descripción ajustada de lo que es tan interesante lector y, a partir de ahí, permitiría, al menos en parte, comprender el estado de una cultura pues no hay duda de que la forma de la lectura en un momento determinado hace por sinécdoque un dibujo de la cultura en la que se ejecuta. Primera y provisoria conclusión: si el

lector de hoy es ese irritable y trivial monarca, la cultura de hoy tiene el mismo carácter, es irritable y trivial.

Por otra parte, si la confluencia o articulación de esos atributos o cualidades resultó en esa forma que hoy es predominante podemos preguntarnos si en otro tiempo fue otra su forma predominante; por supuesto también tendríamos que preguntarnos si la cultura fue también otra en un tiempo que le fuera correlativo. Podríamos decir que sí, que hubo otro tipo de lectores si fuéramos nostálgicos, o decir que no, que lector y cultura tuvieron siempre la misma forma si eligiéramos el escepticismo. Y en esos puertos, el del sí y el del no, se podría cerrar la cuestión.

Pero más interesante es otra pregunta que se abre: ¿es desde ese presupuesto formal, puesto que hemos empleado la expresión “forma” del lector, que se puede abordar más ampliamente el tema del lector y el superior tema de la lectura? Se diría que este enfoque tiene cierto carácter fenomenológico y respetarlo o seguirlo puede sin duda dar algunos frutos o caracterizaciones útiles. Pero, limitándome a enunciarlo, pretendo apartarme de esta vía y volver a lo que está antes, a lo que inicia esta reflexión o sea a la imagen, para muchos tal vez sólo crítica y escéptica, de un “no ser” o un ser imposible del lector, compensada o sustituida por la de, al mismo tiempo, la existencia indudable del lector; quiero eludir, también, dicho sea entre paréntesis, el dramatismo, probable y muy narrativizado, de un existir apegado a la experiencia, tal como lo aconsejaba Macedonio Fernández; el filósofo argentino hablaba, con cierta sorna, de un “existidor”, como de alguien que, poseído de la voluntad de existir, propugnara las condiciones superiores de la existencia, parafraseando preocupaciones preexistencialistas de Schopenhauer. En este desafiante marco, es el momento de decir que una vez que el lector cobra existencia gracias al comienzo de ese proceso relacional, o sea cuando echa una mirada sobre un conjunto escrito, que se denomina “lectura”, y se deja crear como lector por el texto que lee, gravitan sobre la acción que comienza diversas fuerzas; las podemos llamar “condiciones” de lectura; algunas son previas y están en suspenso y en probable y constante reformulación, por añadido, por corrección, por olvido, por aprendizaje: es como si, cuando la lectura comienza, esas fuerzas

fueran convocadas; otras actúan durante el acto, se diría que son inherentes al acto mismo.

¿Cuáles son las previas? Ante todo el saber de la lectura, o sea el conocimiento de los alcances de esa actividad, en apariencia obvia; luego, la disposición a aplicar ese saber en una circunstancia precisa, me refiero al contacto con un texto; también ciertas condiciones materiales para poder llevar a cabo ese acto –iluminación, ambiente, silencio– y, entre otras, la posibilidad o la capacidad de elegir el objeto sobre el que se realizará la lectura.

¿Y las otras? Son más difusas pero no por ello inertes, al contrario, son las que definen mejor el lector ideal al que aludí. En primer lugar, la dimensión del comprender, un comprender de lo que el texto entrega y al mismo tiempo del acto que se lleva a cabo; luego, la disposición a dejarse “tomar” tanto por el objeto legible, como expresión de una diferencia, como por la actividad lectora misma, en tanto diferencia; en tercer lugar, la autoconciencia de lo que se está haciendo cuando se lee –lo cual vendría a ser equivalente a la verificación del existir como lector–, junto con la conciencia de una adquisición indefinida e incesante y, por último, la que me parece la principal, la valentía de suspender provisoriamente todo el saber, menos el de la lectura, para entregarse al vértigo de lo diverso, entrar en ese territorio inermes y admitir que lo que vaya a ocurrir después implicará un no retorno a lo ya sabido y un ingreso a una condición nueva y diferente, tal vez superior, de saber.

Estas condiciones, por ser tales, enmarcan el acto de la lectura y, desplegadas, constituyen un abanico de posibilidades de epistemologizarla de modo tal que si leer suele ser considerado un obvio del modo de la civilización humana, una necesidad ineludible a satisfacer, pasa a ser así un objeto de conocimiento como cualquier otro, tan exigente de conocimiento como cualquier otro.

Pero una cosa es, siguiendo cierta metodología vagamente fenomenológica, un probable sistema de preguntas tendientes a conocer la lectura y otra al lector; la diferencia salta a la vista: no es sólo el abismo que media entre sujeto y objeto y los vasos comunicantes sino la diferencia de índole y de ámbito; de este modo, la lectura es, por empezar, una actividad, y como tal semiológica, y una práctica

productora de sentido, y como tal semiótica, sometida a condiciones de producción y ejecutada según modalidades y métodos; el lector es sólo un agente en esa actividad y esa práctica o el ejecutante y, por lo tanto, depende de ella y hasta está subordinado a ella; para decirlo de una manera escandalosa, no hay lector sin lectura o, de otra manera, ratificando las primeras afirmaciones, si no hay práctica la agencia no tiene sentido y por fin, cerrando el razonamiento, el lector, que no era pero que existía, tampoco existe.

Ahora bien, las primeras precisiones acerca del lector de “hoy” fueron aproximativas y tributarias de consideraciones de orden general; así la idea de su majestad o de su existencia previa al acto de lectura. A partir de la oposición con la lectura quizá se pueda saber algo más acerca de su perfil. Quizá podría decirse, a la luz de los planteos procedentes, que su forma y cualidades están determinadas por el estado social de la lectura que, a su vez, adquiere su forma por el juego de las mencionadas condiciones, previas y posteriores. En ese sentido, podría decirse, en principio, que el “lector de hoy” es, en términos generales y mayoritarios, alguien que, respondiendo, porque no puede hacer otra cosa, por lo general sin advertirlo, a lo que llamamos “condiciones previas”, omite, desconoce o desdeña las inherentes al acto de lectura, que serían las que, completando el acto, le darían su efectiva existencia de lector y sentido a la lectura. Por el contrario, quien fuera consciente de las condiciones previas y pudiera remodelarlas al responder a ellas pero, sobre todo, quien respondiera a las otras, en especial a lo que llamaba la “suspensión temporaria del saber”, sería un lector ideal, que es posible que también sea el de hoy o, mejor dicho, un lector al cual la cultura debe tender porque implica una culminación, la de ser lector en un sentido pleno.

Pero tal vez no se quiere que respondamos a la pregunta desde esta perspectiva que es desde luego problemática y, en cambio, se nos quiera llevar, cuando nos la hacen, a un terreno ambiguamente sociológico, en el cual se encuentra a gusto la lógica de las encuestas acerca de cantidad y calidad de la lectura. Dicho de otro modo, que se nos quiera llevar a decir que el lector de hoy lee poco y mal, o mucho y mal, o no lee nada y es deseable que lea algo, o que hay algunos, los menos, que leen bien, poco o mucho, y todo eso, una u otra

verificación, como síntoma de una sociedad que se desagrega o está a punto de perder lo único bueno que tenía, o sea una cultura que era valiosa porque residía en el libro que era, a su vez, el compendio de lo más excelso y elevado que había sido capaz de crear el ser humano; y, en esa perspectiva, que se nos quiera llevar a decir, cosa que no sólo es irrenunciable sino que es muy justa desde mi punto de vista, que los que leen bien, poco o mucho, son los últimos resistentes, los que siguen alimentando el fuego de la especie, de los cuales Aldous Huxley, en *Un mundo feliz*, propuso una inolvidable y acaso consoladora metáfora, la de un solo lector de un único libro, Shakespeare, como delegado escudo que detiene la negativa utopía del olvido y la barbarie tecnológica.

Es cierto que fuera de una mirada cuantitativa y sociológica, incluidos algunos ingredientes interpretativos de origen más o menos psicoanalítico, es difícil manejarse; sobre esa mirada descansan las políticas de lectura, cuando las hay, la pedagogía, la comunicación y los criterios editoriales, ya sea si se entiende que el lector es creado, insisto, por el texto, lo que no dejaría de ser también algo perverso en la medida en que sea dirigido por imposición, por censura o por canonización en función de objetivos políticos o filosóficos o comerciales, o bien que preexiste a la relación con los textos y, se supone, las editoriales, las academias, los premios, que posee un perfil bien determinado y, de ahí, cuáles son sus preferencias, necesidades o exigencias.

Mi propuesta va ciertamente en otra dirección e implica un empezar todo de nuevo, un volver a pensar en dos órdenes, uno crítico y acaso descriptivo acerca de la forma del lector de hoy, el otro propositivo, en el sentido de un cambio en la proporción, por crecimiento de la forma posible del lector ideal y decrecimiento de la forma del lector que se presume actual. No creo estar del todo preparado para semejante tarea, aunque creo estarlo para oponerme, tal vez sin demasiada crítica, a los criterios en curso o a los sobreentendidos establecidos, como, por ejemplo, la necesidad de trazar un perfil del lector actual a partir de esas socorridas negatividades que no faltan en ningún diccionario de lugares comunes. Porque, por comenzar, sostener que se puede trazar un perfil del lector tiene el grave inconveniente de que

las excepciones y las contradicciones son tan numerosas que desvirtúan toda encuesta y toda conclusión.

Más valdría, en consecuencia, liberar una reflexión sobre la suerte de los tópicos que han ido surgiendo, con la esperanza de lograr una aproximación a lo que la pregunta significa. Y lo que la pregunta significa presupone lo que en otras palabras se ha señalado, o sea que el perfil del lector de hoy, o sea la forma del lector de hoy, es homólogo a la forma de la cultura de hoy; subsidiariamente, hay que decir que la forma del lector de hoy es homóloga a la de la lectura de hoy. Todo ello hace un entramado o una articulación de formas que se superponen y se significan en un telos que funciona como objetivo y como interpretante.

Este telos no es el de una mera toma de distancia crítica respecto de un perfil insatisfactorio de lector sino el de una preocupación mayor por lo que acecha a una cultura humanística que, imperfecta y todo, en formación, llena de contradicciones y de tentativas, era la garantía, no obstante, por lo menos de un deseo de identidad, en el orden individual, en el orden nacional, en suma en todos los órdenes.

La pregunta, entonces, pone en escena el riesgo que implican las desatadas potencias tecnológicas y económicas que con su previsible y verificable secuela de deshumanización tienden a cambiar el rostro de una civilización. La pregunta por el lector de hoy, por lo tanto, tiene un amplio telón de fondo que constituye un lugar al que se trata de llegar por este callejón en apariencia estrecho, y al mismo tiempo quiere entender su configuración y su significación.

Arrastrados por consideraciones generales y panorámicas, seducidos por sistemas deductivos, no terminamos de entender las gesticulaciones explicativas de la relación que puede haber entre los grandes movimientos de la sociedad y lo que nos pasa individualmente, estamos perplejos ante lo que se podría llamar el “cambio” y lo que produce en los modos de la cultura que todavía estimamos; y como nos debatimos en la alusión, el estilo oblicuo, el temor al vacío, nuestro modo de lectura corre la misma suerte y determina el modo, o si se quiere, el “ser” del lector o la existencia concreta del lector predominante hoy, ése que no quiere que un texto lo perturbe e intente arrastrarlo a un lejano lugar en el que el cambio que se anuncia para

la civilización todavía no ha entrado ni tiene lugar. Un lugar semejante al que Huxley pensó para *Un mundo feliz* pero menos desesperado y mucho más solidario ante todo con los otros, ya lectores o todavía no lectores, y luego con los textos, depósitos de la diferencia, objetos de resistencia, vehículos todavía para entenderse en un mundo que tiende a no entenderse de ningún modo.